

donde amanece la luz, desde los temblores del agua en gestación, desde la orilla de la Navidad en que la carne tocó a Dios. Que es cuando nació el primer beso y despertó la primera claridad.

Y que nadie se llame a engaño tampoco diciendo que Valentín es de tierra adentro y que los jilgueros que anidan en su corazón son del corazón de la Mancha. Que la Mancha -intensa y extensa infinitud- es un mar sorprendido, asombrado en surcos que son olas extasiadas. Y, lo mismo que los versos de Valentín, el agua -¡el agua primordial!- ha tocado aquí el final de su aventura: A fuerza de mirar de cara al sol del largo atardecer manchego, yéndose a la otra orilla lentamente, por los caminos de las cepas, sonoros y secretos, aquí el agua se hace vino. Como en aquella boda. Como en cada boda, cuando el beso nubla y despierta claridades.

Y es Dios quien llega. El Dios feliz de la inicial creación llega cabalgando en los versos de Valentín. Originaria de los núcleos elementales, contemporánea de las primeras cosas esta poesía es esencialmente mística. Y como tal es embriagadora metáfora. Y se expresa sólo en ese balanceo entre una orilla y otra, entre el agua y el vino, entre la creación y la navidad, que se llama la paradoja: Dios es un beso que nubla y despierta claridades, y entonces se llena de esperanza todo el barro.

Antonio OLIVER

